

sables conocimientos técnicos; sin que en manera alguna pueda decirse que sean todas merecedoras de desdén, antes algunas hay, aunque contadas, que en cualquier país hubieran dado lustre á sus autores.

I

Para nada han influido en los arquitectos de nuestros días las construcciones de la época virreinal, sólidas, grandiosas y bien proporcionadas, aunque de ornamentación esencialmente barroca. Por el contrario, sus obras en la mayoría de los casos, no son muy fuertes ni en la realidad ni en la apariencia, ni tienen majestuosidad ni brilla en ellas el sentimiento de las buenas proporciones que fué característico en los constructores españoles, aunque en todas campea el más purista ornato. Flaquean asimismo nuestros modernos arquitectos en la distribución de macizos y claros, *conditio sine qua non* junto con la solidez y proporción, de la belleza arquitectónica. ¿De qué valen, en efecto, el acabadísimo corte de la piedra, la riqueza del material, la perfecta simetría, la elegancia de los ornatos y hasta la cómoda distribución de los edificios, si todo ello se adapta á un cuerpo desproporcionado y débil? Désele á un edificio solidez, proporciones y carácter mediante el hábil reparto de macizos y de claros principalmente, y se tendrá hallada la belleza de la construcción.

Por no tener las que hoy se levantan estas cualidades y aun presentando aquellas otras, su inferioridad desde el punto de vista artístico es manifiesta con relación á las del virreinato. La grandiosidad de las construcciones que nos dejaron los españoles, lo mismo iglesias que palacios, casas privadas que puentes, fuentes y acueductos, en vano se buscará en nuestras modernas fábricas aquejadas, cual más cual menos, todas, de cierta mezquindad y raquitismo (*). Típico es en ellas el influjo del estilo neogreco exclusivamente profesado en las escuelas y que tanto se aparta de las irregularidades del barroquismo español y de sus osadías constructivas; con su uniformidad de formas, extremada simetría, sequedad de líneas, regularidad de ornato y timidez constructiva. Hay que reconocer, sin embargo, en las construcciones modernas, juntamente que el excelente aparejo del material, la corrección de ornato y la cómoda distribución de las plantas, claridad, sencillez, tranquilidad de líneas y risueño aspecto del conjunto.

A excepción de dos ó tres templos y de otros tantos teatros, los edificios construídos en los últimos años, en su mayor parte han sido habitaciones privadas y almacenes de comercio. De aquellas habitaciones, en las cuales se ven más de relieve los caracteres apuntados, las más dignas de fijar la atención entre las muchas que se han edificado recientemente son, en concepto nuestro, la de Henkel en Toluca, debida á Rodríguez Arangoity, y la del 9 1/2 de la calle Vergara en México, obra de D. Ignacio de la Hidalga, por sus armoniosas proporciones la primera y por sus atrevidos y elegantes corredores la última. Especial mención merecen asimismo la casa de San Luis Potosí, situada frente á la principal fachada del teatro, digna de figurar en cualquier capital europea, y la de campo de Braniff en el Paseo de la Reforma, debidas una y otra á arquitectos extranjeros.

De los edificios destinados al comercio llaman la atención por su magnitud y suntuosidad, el de la joyería *La Esmeralda* (1892), el del *Palacio de Hierro* (1891) y el de la calle del Refugio que aún no se termina si no es en su fachada que abarca su extensión todo lo largo de la calle.

Si mármoles y bronce, maderas bien talladas y magníficos cristales, en una palabra, si la riqueza del material y la profusa ornamentación, bastaran á darle mérito artístico á un edificio, grande sería el de *La Esmeralda* en que todas aquellas riquezas se ven acumuladas; mas como estén vistiendo á un cuerpo deforme ó falto de buena proporción, no pueden halagar más que al vulgo á quien seduce el

(*) Deben ser exceptuadas las obras del español D. Lorenzo de la Hidalga que pareció haberle devuelto su grandiosidad á la arquitectura, y las del italiano Bessosi: uno y otro florecieron en el segundo tercio del siglo.

aparente brillo. Adecuado remate de aquel conjunto de buenos pormenores mal combinados, es su techumbre de dos aguas con ojos de buey á la *Maussart*, que imprime á la construcción un carácter exótico, por ser del todo impropia de climas benignos como el nuestro y que denuncia, al propio tiempo, una imitación tan indiscreta como servil de lo extranjero. Muy otro concepto nos merece *El Palacio de Hierro*, construcción sólida, severa y de gran carácter, pues que aparenta lo que en realidad es: suntuoso almacén de comercio. La combinación en grande que en él se advierte del hierro con la piedra es harto feliz, como asimismo lo es haber acusado los techos de azotea, los propios de nuestro clima.

Los teatros de Guanajuato, Guadalajara y San Luis Potosí, recientemente inaugurados con gran vanagloria de aquellas respectivas capitales, pero cuyo dispendioso esfuerzo al construirlos acaso no corresponda al resultado obtenido, no superan ni siquiera igualan el mérito del *Nacional* de la capital de la República, obra maestra del arquitecto español D. Lorenzo de la Hidalga, y cuya sencilla y



ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES

grandiosa fachada, amplio vestibulo y bien proporcionado y suntuoso salón de espectáculos, constituyen sus principales méritos. En lo que más flaquean los tres referidos teatros es justamente en sus no buenas proporciones, vicio éste en que fatalmente han de incurrir nuestros arquitectos. Creyóse seguramente que con sobreponer órdenes á más órdenes de palcos, quedaba resuelto el problema de un buen teatro, y la verdad es que nunca la cantidad ni el tamaño suplieron al mérito y la gracia.

En 1884 terminóse la Biblioteca Nacional, antigua iglesia de los frailes Agustinos de México, adaptada hasta donde fué factible al nuevo destino que se le diera, por el arquitecto Heredia, quien tuvo el buen tino de proyectar á la vez que una reforma, una restauración del edificio. Con tal propósito mantuviéronse sus líneas generales, aplicáronse ornatos en el mismo estilo de los de la antigua construcción, conservóse el gran bajo relieve de la fachada principal que representa los triunfos del Doctor de Hipona, etc., y si fué suprimida interiormente la cúpula corriendo las bóvedas de la nave central, no se logró por eso hacer olvidar el destino primitivo de la construcción.

La *Nueva España* que tanto suntuoso templo vió levantarse en los ámbitos de su extenso territorio durante su vida de colonia, apenas si ha erigido alguno que otro hecha ya República independiente. O por no haberlos necesitado supuesto que en los siglos pasados se le proveyó de aquéllos hasta en demasía, ó por carecer del gusto y entusiasmo artístico que la construcción de un gran templo supone, ello es que poquísimos ha visto aparecer el México independiente. Las obras de tal género llevadas á cabo en el período que la presente reseña abarca y que merecen mencionarse, son la iglesia de San Felipe de Jesús abierta al culto el 5 de Febrero de 1897, obra de D. Emilio Dondé, y la cúpula del templo de los Angeles del mismo, así como la ampliación de la Colegiata de Guadalupe proyectada y llevada á término por D. Juan Agea.

Con buen criterio adoptóse para San Felipe y para la ampliación de la Colegiata, el estilo románico, tan cristiano como nuevo en México y que no disuena con la arquitectura nacional como disonaría el gótico, por ejemplo. No presentan

gran originalidad las dos obras referidas, pero fueron muy bien ejecutadas y son notables bajo tal respecto.

Por los mismos años que se llevaban á cabo las nuevas construcciones referidas, ha continuado levantándose con lentitud extraordinaria la catedral de Toluca, siguiéndose fielmente la traza de Rodríguez Arangoity, la cual es muy bella, si bien en sus líneas generales recuerda el *Panteón* de París.

Desde el punto de vista de la originalidad son de citarse el gran pedestal del monumento á Cuauhtemoc debido al arquitecto Jiménez (1878) y el *Pabellón* de México que figuró en la Exposición de París de 1889, obra del arquitecto Anza y del arqueólogo Peñafiel. En ambas construcciones, de piedra la primera y hierro la segunda, hizose una feliz adaptación de los elementos arquitectónicos que se conocen de los pueblos aborígenes de México á la arquitectura moderna, adaptación que puede ser considerada como una positiva belleza y un nuevo aquistamiento para el Arte (*).

Después de las reformas del antiguo templo de San Agustín con las circunstancias que dicho quedan, hizose otra restauración aun más fiel en la fachada del que es hoy *Banco Nacional* y fué casa de los condes de San Mateo Valparaíso. Labor tan meritoria corresponde á D. Ignacio de la Hidalga. Llevóse también á cabo con beneplácito de los inteligentes apreciadores del mérito de lo antiguo, la restitución de la fachada del Museo Nacional (antes Casa de Moneda), y el *Hotel de Iturbide* recibe reformas sabiamente conducidas sin alterarse el carácter del espléndido palacio español. Ojala fueran objeto de igual solicitud y espíritu de conservación, otros buenos edificios del período virreinal amenazados de desaparición ante una ignorante indiferencia y por ese afán de cosas nuevas y prurito de indiscreta reforma que nos aqueja. No por otra causa se hicieron desaparecer de la ciudad monumentales fuentes (**) y sus acueductos, ni se destruyeron algunos preciosos retablos churriguerescos y magníficas rejas de las capillas de la catedral de México, ni se alteró su antes severo y apropiado atrio.

La fachada del Palacio Nacional tiene también sobre sí fatal sentencia, habiéndose aceptado para su reforma el proyecto del Sr. Rivas Mercado, que con saberse que es una imitación del *Louvre*, si mucho menos grandiosa, fidelísima, se tendrá la medida del grado en que ha de ser desnaturalizada la antigua y casi inalterada mansión de los virreyes.

En buen hora que se mejorasen y embelleciesen la fachada y aun el interior de la actual residencia del Poder Ejecutivo, hartamente necesitada en verdad de decoroso ornato, pero siempre que fuese á condición de superar lo existente y, en todo caso, sin desnaturalizar un edificio histórico lleno de recuerdos y de fisonomía tan propia con sus anchurosos patios, majestuosas arcadas, señoriales escaleras, amplísima fachada sin mengua de la proporción, bien distribuidas puertas y balcones y típicos baluartes y almenado.

Plausible en gran manera fué que el Gobierno mexicano, haciendo á un lado un estrecho espíritu de nacionalidad, convocara junto con los nacionales á los arquitectos extranjeros para la presentación de proyectos del *Palacio Legislativo*. Expidióse la convocatoria al concurso (notoriamente bien concebida) el año de 97, y en el de 98 adjudicáronse los premios; los primeros de los cuales, con sobrado motivo, los obtuvieron los arquitectos italianos Boari y Piacentini y Nalaletti; compitiendo el mérito de sus trabajos con el de los del Sr. Rivas Mercado. Notables los tres proyectos referidos por lo que hace á las plantas é interior distribución, superaron al último los primeros en equilibrio de masas, tranquilidad de composición, armonía de líneas y original belleza de conjunto. El acuse de las cúpulas, ó más bien techumbres, de las dos cámaras legislativas, fué cualidad reconocida en el proyecto Rivas Mercado que, por otra parte, presentaba no pocas reminiscencias del *Louvre* y demás está decir que también de su proyecto de fachada del Palacio Nacional.

(*) De lamentar es que haya quedado hasta ahora sin armarse este Pabellón y abandonadas, ó poco menos, sus piezas que yacen en la Ciudadela. Es una de las contadas creaciones de un país en que se inventa tan poco como en el nuestro.

(**) Las del paseo de Bucarelli, la Tlaxpana y la Alameda.

Boari logró suprimir la cúpula central que parece tema obligado de estas construcciones, substituyéndola con un original coronamiento de doble columnata en cuadro, útil tan sólo es verdad desde el punto de vista de la belleza del edificio, pero tanto como las cúpulas y menos religioso que éstas. En el proyecto Piacentini-Nalaletti hubo de llamar la atención la combinación acertada é íntima de la escultura con la arquitectura.

Sin regatear en lo más mínimo el valor de los arquitectos salidos de la Escuela de Bellas Artes y que más se han distinguido, los Ageas y Rodríguez Arangoitys, los Dondes é Hidalgas, los Jiménez y Anzar, hay que reconocer que por punto general son más constructores que artistas, de más saber que sentimiento, más productores de obras útiles que bellas. Podremos estar equivocados en nuestra apreciación, pero es lo cierto que la inspiración, el numen creador que hizo surgir el patio de *Minería*, la cúpula de Santa Teresa y el tercer cuerpo y coronamiento de las torres de la iglesia metropolitana, no lo encontramos sino en Rodríguez Arangoity y eso parcialmente. Quisiéramos que posteriores obras de los ilustres constructores citados, viniesen á desmentir la opinión nuestra.

II

Cuantos presenciaron la inauguración del monumento de Cuauhtemoc el 21 de Agosto de 1887, pudieron comprender que con sólo los elementos de los artistas mexicanos podían hacerse obras tan importantes como la que se tenía ante la vista, y pudieron abrigar asimismo más que lisonjeras esperanzas para el arte nacional (*). A los artistas Jiménez, Noreña y Guerra, discípulos todos de la antigua Academia de San Carlos, y unidos por el común pensamiento de la glorificación de un héroe, debíase aquel total armónico nuevo y hermoso. Junto con las inusitadas y oportunas reminiscencias arquitectónicas de Mitla y Tula, trofeos de extrañas armas y fieras de la fauna indígena, guardianes de un pasado extinto, aparecía idealizada la figura del héroe azteca, revelando la obra entera esmerado estudio, saber y buen gusto. Con ser merecedores de entusiastas aplausos el basamento y el bajo-relieve de Guerra que representa el tormento del valeroso Cuauhtemoc, es aún más notable la estatua colosal de éste, remate del conjunto y obra maestra de Miguel Noreña. Sin reputarla en absoluto exenta del menor reparo, puede decirse que tiene tanto carácter como belleza; y haciendo punto omiso de la propiedad de la indumentaria, de que el escultor había hecho por sí mismo especial estudio y que implica no pequeño mérito en su obra, lo más digno de estima que á nuestro modo de ver hay en ella es la cabeza de la estatua, en la que parece adivinó Noreña el tipo exacto de Cuauhtemoc. Es un verdadero tipo de indio fiero y notable á la vez. Estas son las adivinaciones é ideales creaciones del artista de verdad (**).

Obra importante de Miguel Noreña lo es también la estatua del cura Hidalgo del monumento de éste en Dolores, modelada posteriormente á la de Cuauhtemoc, y muy poco afortunada la que más tarde hizo de Juárez para el Palacio Nacional (***)

Su aprovechado é inteligente discípulo Gabriel Guerra, muerto prematuramente, dejó obras dignas de especial elogio. El bajo-relieve del tormento del héroe azteca, que acaba de ser mencionado, es una de ellas. La composición está bien encontrada y la figura del principal personaje es valiente y noble, si bien las de los españoles dejan no poco que desear en punto á carácter.

Naturaleza artística acaso más que la de Noreña, aunque sin todo el saber de éste, en breve reveló Guerra su inspiración con el grupo de las *Burlas al Amor* y con la estatua de Homero que le fué encomendada para la Biblioteca Nacional; pero su obra más sobresaliente y su mayor triunfo, fué sin duda la estatua del General Pacheco, vez y media más del tamaño natural, que modeló para la capital

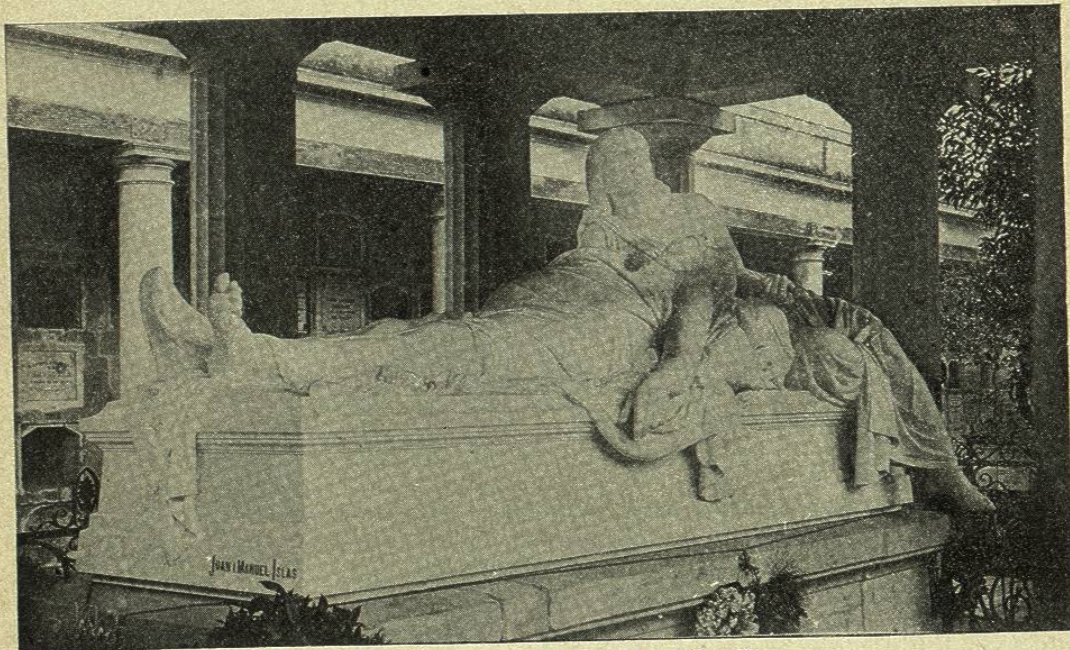
(*) Todos los bronceos del monumento fueron fundidos en México, en el taller que para el efecto y poco antes había establecido D. Miguel Noreña. Más tarde apareció la *Fundición Artística*.

(**) Véase el capítulo *México Monumental*, de este libro.

(***) No hacemos mención de su estatua representando la ciudad de México en el monumento á Enrico Martínez por haber sido obra anterior al período que el presente estudio abarca.

del Estado de Morelos; encargo éste erizado de dificultades no ya sólo por los inconvenientes que para el escultor tiene el ingrato traje de nuestros días, sino por tratarse de representar la figura de un personaje mutilado de un brazo y de una pierna, y que sin embargo supo superar con gallardía y excepcional acierto ejecutando una obra tan llena de verdad como sobresaliente en elevado estilo (*). De la propia mano son los elegantes vasos que decoran el Paseo de la Reforma.

A los hermanos Islas pertenece el grupo en mármol de la Patria y Juárez del monumento sepulcral erigido á éste en el Panteón de San Fernando (1880), obra no escasa de mérito y de composición fácilmente hallada, aunque de un solo punto de vista y no bien colocado á la altura á que lo ha sido.



SEPULCRO DE JUÁREZ EN EL PANTEÓN DE SAN FERNANDO

Escultor de estudios y saber positivo fué D. Rafael Calvo, que habiendo muerto en edad avanzada, dejó no obstante muy pocas obras: prueba clara de no serle del todo propicio nuestro medio al verdadero artista. Pertenecen á él las estatuas del Dr. Lucio y de D. Miguel Lerdo de Tejada, del paseo de la Reforma, que si no ofrecen nada de sobresaliente, sí acusan saber, pues se ven exentas de esos ostensibles defectos que en copiosa é irritante suma aparecen en las demás estatuas que hacen compañía á las de Calvo en el propio sitio, con la única excepción de las de Alciati.

Proyectó Calvo el primer baldaquino y altar para la Colegiata de Guadalupe al iniciarse las reformas del templo y que hubo de desecharse por pequeños motivos económicos, á pesar de su novedad y belleza. Cuatro ángeles colosales en pie portaban un gran palio de caprichoso cortinaje que cobijaba el altar de la Virgen, cuya imagen, á su vez, sosteníanla otros ángeles de menor tamaño en actitud reverente y posados entre nubes sobre un globo terrestre. El actual baldaquino parécenos frío comparado con el de Calvo y mucho menos original.

Descontando la magna estatua ecuestre de Carlos IV, las de los monumentos de Colón y Cuauhtemoc y cuatro más de los escultores Calvo y Alciati, todas las otras de la Calzada de la Reforma no son más que errores artísticos y grandes: desde los monstruosos guerreros aztecas del Sr. Casarín, que se levantan á la

(*) Faltáronle á dicha estatua los últimos toques por haber fallecido Guerra antes de dejarla enteramente concluida.

entrada del Paseo, hasta los frailes y generales de los últimos escultores anónimos que los modelaron bajo la dirección del Sr. Contreras ó que él directamente ejecutara, tales estatuas, así como las que recientemente se han levantado en Puebla, Guadalajara y otras capitales de Estado, en las que se ven conculcados los más rudimentarios principios del arte y hollados los fueros del buen gusto, no resisten el menor análisis de la crítica y preferimos hacer punto omiso de ellos, haciendo al propio tiempo votos ardientes para que vuelvan mejores días para el arte que con tanto brillo cultivaron en México Tolsa, Vilar, Sojo y Noreña.

Las esculturas en yeso de la Biblioteca Nacional, sin ser generalmente un modelo ni mucho menos, algo más se sostienen, y algunas como las de Homero y el Barón de Humboldt, pueden calificarse de buenas.

Ciertos estatuarios italianos han prestado también su contingente en el movimiento artístico habido en la República en los últimos años. Así Trabachi es autor de la estatua colosal en bronce de Hidalgo, y Cencetti lo es de la de Juárez de igual clase, que el Gobierno Mexicano adquirió para los monumentos que han de levantarse á los mismos. No por ser autores extranjeros puede decirse que superen en mérito á otros artistas mexicanos. Por el contrario, sus dos obras dejan harto que desear, como composición particularmente. La actitud de Hidalgo, por ejemplo, es en extremo simple, y en cuanto á su tratamiento plástico, aparece vacío y aislado. A la figura de Juárez adaptósele un traje no usado por aquel personaje y se le dió un aire de tribuno exaltado que jamás tuvo.

Muy superior es la estatua en mármol del Arzobispo Labastida, encargada á Italia para la Colegiata, en punto á exacto parecido, composición y magistral ejecución de los paños. La composición, por otra parte, recuerda demasiado el Pío VI orante de Canova. Autor de tal estatua fué Nicolini, de Carrara.

D. Enrique Alciati, escultor anticlásico pero modelador notable y en la actualidad profesor de la Escuela de Bellas Artes, ha ejecutado algunos retratos en yeso de mérito realista.

No debemos pasar en silencio al escultor de imágenes coloridas en madera, D. Diego Almaraz y Guillén, que en Querétaro continúa más ó menos fielmente las tradiciones de la escuela religiosa de Perusquia, Arce y Montenegro. Su especialidad son los cristos, cuyos devotos rostros son muy estimados. Débesele, además, la estatua en piedra del Marqués del Aguila, levantada pocos años ha en la propia ciudad de Querétaro.

Para que nuestra enumeración sea completa, no debemos omitir las estatuas en fecha reciente colocadas en las fuentes de la Alameda, las que, cualesquiera que sea su mérito, desmerecen por ser desproporcionadas para las fuentes á que se ha querido adaptarlas.

Por lo que á la pintura se refiere, á la Escuela de Bellas Artes tenemos que acudir todavía más que si se tratase de la arquitectura ó de la escultura, para poder ver en el país manifestaciones de alguna importancia de dicho arte. Débil y precaria ha sido su vida en los últimos años, y si algo ha podido alentar aún, débese á ese fuego no apagado todavía que se conserva en el plantel que fundaron Gil y Mangino y restauraron Echeverría y Couto.

III

Como eco no apagado, aunque próximo á extinguirse, del vigoroso empuje restaurador de la Escuela de Bellas Artes, de 1847, aparecen Pina, Rebull y Velasco, discípulos y sucesores en el magisterio artístico de los Chávez y los Landeños que tan alta supieron colocar la enseñanza de la pintura en México. Poco relativamente ha producido el pincel de Pina y de Rebull en el período que reseñamos, y sólo en la enseñanza han prodigado sus conocimientos adquiridos tanto en México como en Italia y Francia. Desde que las críticas apasionadas y poco ilustradas de Altamirano se ensañaron contra el consumado dibujante (*), encerróse

(*) En el año de 1879, durante la XIX Exposición de Bellas Artes en que el Sr. Rebull hubo de presentar un cuadro original de la *Concepción* cuyo asunto y colorido no fueron del agrado de D. Ignacio M. Altamirano, desatóse éste en acerbas é injustas censuras contra dicho artista, cuyas dotes de dibujante escaparon á la observación del crítico.